

PRIMERA DOCTORA MEXICANA



Homenaje a la doctora Matilde Montoya Lafragua

El 23 de octubre de 1833, el entonces vicepresidente de la República Mexicana, Valentín Gómez Farías, fundó el establecimiento de Ciencias Médicas, lo que vino a ser el antecedente de la Facultad de Medicina de la UNAM. Por tal motivo se ha señalado esa fecha para festejar a los hombres y mujeres que han decidido dedicarse a la Medicina, quedando en el calendario registrado como “Día del Médico”. Es a partir de 1937, en una Convención de Sindicatos Médicos Confederados de la República Mexicana, año en que se instituye por primera vez en México, conmemorar en esta fecha su día.

POR DR. LEONEL RODRÍGUEZ R.

Aun cuando ya nos encontramos retirados de esta hermosa profesión, aun cuando ya hemos dejado el ejercicio de la Ginecología y Obstetricia en manos de las nuevas generaciones, no dejo de recordar con agrado más de tres décadas que en cuerpo y alma nos entregamos a ella y no olvidar que es precisamente en el mes de octubre cuando se celebra nuestro día y como un homenaje a todos mis colegas, como un reconocimiento a todas esas mujeres que se dedican o se dedicaron a esta noble profesión, aprovechemos este día para recordar a una gran mujer... A la primera mujer que logró, a pesar de un sin fin de obstáculos, obtener el grado de licenciatura en esta siempre noble profesión: La Medicina.

En la Gaceta Médica, periódico de la Academia de Medicina de México, en su Tomo XII del año de 1877, en la página 339, Sección Crónica Médica, aparece la siguiente nota: Una Doctora en Medicina. “La Srita. Zenaida Ucounkoff acaba de sufrir con éxito su examen. Su tesis fue: ‘Papel de éter en inyecciones subcutáneas, y del empleo que pueda hacerse de él para suplir la transfusión de la sangre’”. Aun cuando el personal especializado del Departamento de Historia del Palacio de Medicina de la ciudad de México ha buscado más antecedentes de esta doctora, que podría quedar

registrada como la primera mujer en obtener el título de Médico, su búsqueda ha sido infructuosa. Las historiadoras Sonia C. Flores y Maribel Ramos, convienen que este dato debe continuar rastreándose para confirmar su procedencia. Dado lo anterior, oficialmente Matilde Petra Montoya Lafragua queda registrada para la historia como la primera Doctora en Medicina en nuestro país. He aquí su historia.

Llegar a estos linderos para ocupar este sitio profesional no fue nada fácil, no fue una vida deslizada, sin tropiezos, fueron tres intentos de inscripción para llegar a ser alumna de la Escuela Nacional de Medicina, para Matilde. “Debe ser perversa e impúdica la mujer que quiere estudiar Medicina”, se decía en su época, segunda mitad del siglo XIX.

Nacida en la ciudad de México el 14 de marzo de 1857 y esperando contar con más edad y conocimientos, se graduó de Partera y Obstetra. Al mismo tiempo, en escuelas privadas fue cursando los estudios de bachillerato y ante un primer intento y rechazo de cursar la carrera de Medicina en la ciudad de Puebla, abandona esta ciudad ante el rechazo social; en 1882, cuando contaba con 24 años de edad, logra traspasar la puerta del antiguo Palacio de Medicina en calidad de alumna. Ya inscrita, ante la hostilidad de compañeros y docentes y basándose en que tenía materias no válidas por haber cursado el bachillerato en escuelas

privadas y no en San Ildefonso, es dada de baja antes de los primeros exámenes finales del primer año. San Ildefonso no recibía mujeres. Matilde ofrece por escrito cursar por las tardes las cuatro materias que no le validaban: solicitud rechazada. Es entonces cuando escribe una carta al presidente Porfirio Díaz. Éste la turna al Secretario de Instrucción y Justicia, Joaquín Baranda, quien a su vez, con otro escrito, “sugiere” al Director de San Ildefonso, “dé facilidades” a la señorita Montoya. Éste respondió: “se podrá acceder a la solicitud de la interesada en consideración a su sexo”. En consideración a su sexo y no por un vacío en el reglamento para excluir a mujeres. Por ello también se reconoce a Matilde Montoya como la primera mujer que cursa estudios de bachillerato en San Ildefonso.

Como una alumna excelente, a pesar del rechazo general de compañeros y maestros, Matilde termina sus estudios con excelentes calificaciones, cinco años después prepara su tesis “Técnicas de laboratorio en algunas investigaciones clínicas” y solicita examen profesional. Su solicitud es rechazada; el reglamento habla de alumnos, no de alumnas. Por segunda ocasión se dirige al presidente Porfirio Díaz, quien envía un escrito a la Cámara de Diputados pidiendo la revisión del reglamento de la Escuela. No estando la Cámara en sesiones, emite un decreto para que la señorita Montoya no retrase su examen profesional. El decreto señala que es sólo para que la Escuela Nacional de Medicina practique el Examen Profesional a la alumna Montoya y cumpla todos los requisitos dentro del reglamento. El día 24 de agosto de 1887, faltando escasos minutos para su examen teórico, las autoridades de la escuela disponen un salón menor y no el Aula Solemne de Exámenes. Minutos antes de las 17:00 horas llega un emisario, con la comunicación de que “el señor presidente Porfirio Díaz salía de Palacio acompañado de su esposa y algunas amistades, para presenciar el examen profesional de la señorita Montoya”. Con rapidez abren el Salón Solemne y dan así el ambiente de jerarquía que se daba a los alumnos varones. El examen dura las dos horas reglamentarias, dando respuesta correcta a todas las preguntas: es aprobada por Unanimidad. Cuando se lee el Acta de “aprobado”, algunas damas de sociedades literarias, maestras de escuelas, su madre, algunos familiares, amigos y periodistas que se encontraban en el patio principal,

pendientes de esa culminación, se conjuntan en un largo aplauso. El presidente Díaz y su esposa, felicitan a la examinada y éste hace saber al director de la escuela que, en su representación, acudirían al examen práctico su secretario privado y el Ministro de Gobernación.

Al día siguiente, 25 de agosto, sería el examen práctico. Desde las seis de la mañana Matilde está en el Hospital de San Andrés, ubicado en los terrenos que actualmente ocupan el Museo Nacional de Arte y la Cámara de Senadores. El examen se inicia a las siete. Como era el método, al final, el anfiteatro. Con el bisturí en mano, hace las disecciones que le indican y con el mismo señala las minucias anatómicas que le preguntan. El Jurado sesiona en privado, sale y da el resultado: aprobada por unanimidad. Al graduarse tenía 30 años de edad.

Ese día por la tarde le entregan el Acta de Examen Profesional en la Escuela de Medicina en una oficina diferente al Salón Solemne. De este hecho dio cuenta la prensa con enojo, con disgusto, señalando que un trámite tan digno de reconocimiento nacional, se había realizado “en un cuarto de trebejos”.

Al día siguiente de estos hechos, el editorialista de “Siglo XIX”, que escribía con el seudónimo de “Cero a la izquierda”, le dedica una bella pieza literaria de dos páginas donde, por primera vez, en letra impresa, queda para la historia: “La señorita Matilde Montoya, Primera Médica Mexicana”.

La doctora Matilde Montoya Lafragua ejerció su profesión durante muchos años, hasta el año de 1932, en 1937 celebra su jubileo profesional recibiendo en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes un homenaje de varias asociaciones de mujeres profesionistas, de la Sociedad de Médicas Mexicanas, de la Asociación de Universidades Mexicanas y del Ateneo de Mujeres. Fallece en la ciudad de México el 26 de enero de 1938 a la avanzada edad, para la época, de 80 años.

En 1987, para conmemorar el Centenario de la titulación de la doctora Montoya, la Federación de Asociaciones de Médicas Mexicanas le dedica un congreso y una “vitrina de homenaje” en la biblioteca de la antigua Escuela de Medicina. En 1988 se devela un busto, en el Jardín José Martí, frente al Centro Médico Siglo XXI.

Durante el mandato de Vicente Fox, se develó otro busto en el patio central de la Secretaria de Salud, en la Rotonda de “Médicos Ilustres”.